

## Aproximaciones a la producción historiográfica comunista: trayectorias, obras y disputas

Paola Bonvillani

### Introducción

En el siguiente trabajo se analizan las principales características de la producción historiográfica del Partido Comunista Argentino (PCA) durante los años sesenta, cuando el partido experimentó una fuerte crisis interna a partir de las disidencias teórico-programáticas vinculadas al grupo editorial *Pasado y Presente*. En virtud de lo cual, se realiza un recorrido por las etapas previas de dicha producción historiográfica, al tiempo que se exploran las formas de participación, los itinerarios de algunos de sus intelectuales, los vínculos que estos mantuvieron con la estructura político-partidaria y las funciones que se les asignaron y cumplieron en ella.

Diversas perspectivas analíticas, como la historia cultural —y las especialidades cercanas a ella, como la historia intelectual y de las ideas—, y la sociología de la cultura y de los intelectuales, han reflexionado acerca del significado del concepto de “intelectual” y la posibilidad de analizar la constitución autónoma de un espacio o universo cultural en virtud de las particularidades del contexto sociohistórico argentino<sup>1</sup>. Altamirano (2013) considera al respecto que la noción de campo intelectual, elaborada por Pierre Bourdieu, representa un instrumento de análisis que supera ideas demasiado vagas, como las de “contexto” o “trasfondo social”, aunque también señala los límites de la validez de dicha categoría analítica. En efecto, para Bourdieu, solo puede hablarse con propiedad de campo intelectual allí donde se ha constituido un espacio social de productores y de producción cultural, relativamente autónomo respecto de los poderes económicos, políticos y religiosos. Por lo tanto, la autonomización de este campo no es una característica que emerge en toda sociedad. Más bien opera como

criterio pertinente cuando se investigan las organizaciones culturales de sociedades en las que, sobre la base de una economía capitalista, se han consolidado las instituciones de la democracia liberal (Altamirano y Sarlo, 2001). En consecuencia, la aplicación de este criterio se tornaría problemática al analizar aquellas sociedades –como es el caso de ciertos países latinoamericanos– en las que, si bien la extensión de las relaciones capitalistas ha generado un campo intelectual, no se han consolidado sistemas políticos liberal-democráticos estables. En esos países, el desarrollo de instituciones, agentes y actividades intelectuales diferenciadas no se acompaña necesariamente de las formas de autonomización relativa que los preservarían de la coerción ejercida por las autoridades del sistema político.

En sintonía con este esquema teórico, el texto de Sigal (1991) es una obra de referencia obligada, pues en su búsqueda de definición de la figura específica de los intelectuales, investiga la relación entre el campo político y el campo intelectual en la Argentina de los años sesenta. Atendiendo las limitaciones recién mencionadas, Sigal reconoce ciertas dificultades a la hora de reconstruir el proceso de constitución del campo historiográfico argentino. Lo anterior encuentra explicación en la “fragilidad... [y] vulnerabilidad de sus instituciones y [en el] carácter tan frecuentemente mixto de esos intelectuales, implicados al mismo tiempo en los valores de su disciplina y en los de un campo ideológico-político más vasto” (Sigal, 1991: 27). No obstante, aunque la autora advierte sobre las modalidades de dependencia de la esfera historiográfica respecto del poder político, no invalida la aplicación del esquema bourdiano al análisis de la disciplina, pues:

... no se trata de establecer una suerte de defecto respecto a un modelo teórico de campo cultural sino utilizar elementos de ese modelo teórico para analizar, precisamente, la tensión constante entre factores tendientes a la estructuración profesional unificada y aquellos que disuelven tanto su unidad interna como su autonomía (Sigal, 1991: 26).

Sin desconocer la pluralidad de enfoques que desde diversos campos disciplinares abordan la cuestión, aquí se opta por la perspectiva de análisis bourdiana en orden a las preguntas que se buscan responder. En tal sentido, en las páginas que siguen se pretende analizar lo que Gutiérrez (1999) denomina el doble sistema de relaciones en las que están insertos los inte-

lectuales. Por un lado, se recuperan las relaciones que los historiadores comunistas mantuvieron con la realidad que analizaban, esto es, el tipo de saber o capital simbólico cuya acumulación garantizaba, a quien lo poseía, ocupar una posición consagrada dentro del campo y hacia “afuera”, frente a la dirigencia política. Por otro lado, se abordan las relaciones que estos historiadores mantuvieron con los agentes del campo político, es decir, los dirigentes de la organización, como así también las posiciones que ocuparon al interior de la estructura partidaria y en el campo cultural más general. Este segundo tipo de relaciones alude a los condicionamientos sociales que afectan la producción del historiador en tanto forma parte de un espacio de lucha.

A partir de lo anterior, se torna indispensable preguntarse por la compleja relación entre la “línea oficial”, promovida por la dirigencia, y la posibilidad de ejercer una actividad autónoma y crítica por parte de aquellos intelectuales afiliados al partido. A modo de conjetura, consideramos que las interpretaciones del pasado elaboradas por los historiadores comunistas –como así también sus diversos usos– deben ser comprendidas y analizadas en el marco de las discusiones políticas y las reconfiguraciones que estas sugirieron a las estrategias del partido a lo largo del período aquí abordado. No obstante, coincidimos con Kohan (2000) en que dicha actividad no dejó de sufrir tensiones, ya sean internas como con otras corrientes político-ideológicas con las cuales disputó la hegemonía del campo de las izquierdas.

## **Las iniciales lecturas comunistas sobre el pasado nacional**

Diversos autores (Acha, 2009; Devoto y Pagano, 2009; Myers, 2002; Cattaruzza, 2007) señalan que las lecturas del pasado argentino producidas por el PCA, como así también sus actitudes hacia los símbolos patrios, pueden explicarse parcialmente recurriendo a los giros tácticos que el partido experimentó hacia 1935, ya que en los años veinte se habían producido desplazamientos en sus interpretaciones históricas.

Desde sus inicios, el PCA adhirió a las principales indicaciones programáticas cursadas por la Internacional Comunista, la cual atravesó profundos cambios en los siguientes años. Tras la muerte de Lenin en 1924, la organización quedó bajo control del Partido Comunista

Soviético (PCUS), dando inicio al período de mayor dependencia de las secciones latinoamericanas hacia Moscú. Este proceso se acentuó en el VI Congreso de la Internacional Comunista reunido en julio-agosto de 1928, cuando se consolidó el dominio del sector liderado por Stalin, surgiendo lo que se acostumbra llamar estalinismo. A partir de ese congreso se propició la estrategia política conocida como “clase contra clase” que, para el caso del comunismo local, promovió una posición fuertemente disruptiva ante el resto del mundo político (Camarero, 2011) e introdujo particulares características a la política cultural comunista del periodo.

Por un lado, las interpretaciones comunistas del pasado se caracterizaron por distanciarse de cualquier tradición política que, como la liberal, pudiera considerarse nacional. En consecuencia, se restó importancia al estudio del pasado argentino, en tanto su puesta en valor significaba la manipulación ideológica de las clases dominantes con el objetivo de estimular el nacionalismo en los trabajadores (Acha, 2009). Así, sus análisis se concentraron fundamentalmente en los acontecimientos internacionales, sobre todo los vinculados al proceso revolucionario ruso. No obstante, la adscripción a las formulaciones ideológicas, teóricas y políticas expedidas por la Internacional Comunista influyó en las lecturas que proyectó el PCA sobre la historia del país. En efecto, a partir del VI Congreso de la *Komintern*, se difundió una imagen en la que destacaban las condiciones semi-coloniales de los países latinoamericanos. Esa caracterización sirvió de fundamento al planteo “etapista” según el cual, en el contexto latinoamericano, el movimiento revolucionario debía asumir una forma democrática, agraria y antiimperialista, como transición a una fase socialista. En esa clave de lectura, para el comunismo local, la Revolución de Mayo representaba un progreso histórico en tanto se consideraba parte de la necesaria revolución democrático-burguesa que debía transitar el país. Sin embargo, estimaba que la gesta había fracasado y, en consecuencia, había sido interrumpida la fase. Según esta interpretación, los grupos sociales existentes al interior del modo de producción –todavía feudal–, en estrecha vinculación con los intereses del imperialismo británico, impidieron el desarrollado de la economía nacional hacia formas capitalistas plenas (Cattaruzza, 2008).

Por otra parte, el cambio de orientación coincidió con la ruptura y desplazamiento de importantes cuadros dirigentes y la consolidación de una nueva conducción partidaria a cargo

de Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi. A partir de entonces y por muchas décadas, esta dirección promovió activamente los frentes culturales, patrocinando diversas empresas editoriales, revistas y otras publicaciones periódicas así como numerosas reuniones y encuentros intelectuales. El amplio desarrollo de actividades culturales brindaría tintes particulares a la actividad historiográfica. Diversos autores (Cattaruzza, 2008, 2015; Petra, 2013; Pasolini, 2006) señalan la singular conformación del espacio historiográfico comunista, en el que los historiadores tuvieron un papel relevante aunque no exclusivo. En efecto, participaron también ensayistas, literatos, como así también dirigentes con cierta vocación de intervención cultural. En ese sentido, coincidimos con Devoto y Pagano al señalar que “el surgimiento del PC no significó la inmediata elaboración de una historiografía propia” (2009: 297) pues más bien los primeros ensayos comunistas sobre la historia nacional fueron escritos por algunos dirigentes letrados. Así lo ilustran los diversos trabajos de Rodolfo Ghioldi publicados en la revista comunista *Soviet*, quien tuvo una presencia perdurable en el espacio intelectual del comunismo en su condición de organizador de aparatos culturales y nexos entre la dirección política y los intelectuales partidarios<sup>2</sup>.

### **El desarrollo del campo historiográfico comunista en torno al movimiento antifascista**

La política marcadamente sectaria que se desarrolló hasta los primeros años de la década del 30 cedió ante el avance del fascismo y la guerra civil española. Hacia 1935, en el marco del VII congreso de la Internacional Comunista, se impuso la autocrítica sobre la estrategia de “clase contra clase”, por considerarse adecuada solo para los países industrializados, proponiéndose entonces un cambio de línea en torno a la política de frentes populares. Con este cambio, el PCA se encaminó hacia estrategias de colaboración con las fuerzas políticas consideradas democráticas, especialmente los partidos socialista y radical, a los fines de conformar frentes populares capaces de combatir a los regímenes fascistas.

El viraje de la Internacional también significó un giro en la política mantenida con los intelectuales. A partir de entonces, el PCA estimuló la creación de redes culturales en torno a

editoriales, bibliotecas, agrupaciones, ateneos y grupos teatrales. En estos espacios logró establecer vínculos con el resto de la intelectualidad de izquierda, como así también con sectores liberales (Prado Acosta, 2015). Ciertamente, la necesidad de apoyar la resistencia antifascista justificó la vinculación de los intelectuales y artistas del partido con figuras y tradiciones de pensamiento hasta entonces desdeñadas por pequeño-burguesas. Al mismo tiempo, el partido incorporó un gran número de intelectuales y artistas, brindándoles un lugar destacado en tanto representantes de la cultura y la civilización, valores que peligraban a causa del avance de los movimientos totalitarios (Bulacio, 2006). Este fenómeno permitió al comunismo ocupar un lugar hegemónico en el movimiento antifascista durante las décadas del treinta y cuarenta.

La apuesta por la constitución de los frentes populares también significó la necesaria reorientación de ciertas interpretaciones historiográficas sobre el pasado nacional. Aunque algunas imágenes de la etapa anterior pervivieron —como la certeza de la condición semi-colonial del país—, se abandonó la inicial indiferencia por el estudio del pasado nacional y sus símbolos. Así, con la finalidad de reivindicar la democracia y defender las libertades públicas, la reconfiguración de la línea historiográfica tendió al establecimiento de cierta continuidad con la “herencia progresista de Mayo” y con las más connotadas figuras y programas políticos del liberalismo del siglo XIX (Cattaruzza, 2008). Desde entonces, las fechas patrias y ciertos próceres se re-significaron como puntos iniciales del proceso revolucionario democrático que, como se dijo antes, para el comunismo había quedado inconcluso. Las palabras de Victorio Codovilla sugieren la permanencia de estas ideas a lo largo de las décadas siguientes:

Los comunistas (...) nos consideramos con legítimo orgullo, herederos y continuadores de las ideas progresistas de los hombres de Mayo y Julio, pues, así como ellos se inspiraron en las ideas más avanzadas y progresistas de Mayo y Julio, nosotros en las ideas más avanzadas y progresistas de nuestra época, que son las del marxismo-leninismo, llevadas a la práctica en la Revolución Socialista de Octubre por el gran Lenin y el glorioso Partido Comunista de la Unión Soviética (*Nuestra Palabra*, 1966: 3).

Asimismo, en el contexto del movimiento cultural antifascista, una nueva generación de intelectuales se ocupó de desarrollar la actividad historiográfica con cierta constancia y rigu-

rosidad. Desde entonces, además de la figura señera de Héctor Agosti<sup>3</sup> –quien dirigió durante muchos años el frente cultural del partido–, se destacaron nuevas personalidades como Rodolfo Puiggrós, Juan José Real y Eduardo Astesano, entre otros<sup>4</sup>.

## **Disputas en torno al “monopolio” del marxismo: el proyecto *Pasado y Presente***

Las visiones tradicionales sobre los vínculos entre el PCA y el peronismo sostienen que el comunismo adoptó una inmutable postura antiperonista<sup>5</sup>. Ciertamente, el repudio a las diferentes experiencias autoritarias que se sucedieron en el país desde el golpe de Estado de 1930, se proyectó luego en su inicial interpretación del peronismo. La intelectualidad comunista lo calificó como un régimen fundamentalmente represivo, alimentando la creciente polarización fascismo-antifascismo al interior del campo intelectual.

Sin embargo, nuevas interpretaciones advierten que las visiones y las estrategias ensayadas ante el fenómeno peronista deben analizarse en virtud de una difícil y errática relación de acercamientos y rechazos (Prado Acosta, 2013). En efecto, ante la evidencia de que el triunfo del peronismo en febrero 1946 se debió en buena medida al innegable apoyo que recibió de las masas, el PCA debió reelaborar no solo su línea programática, sino también los análisis realizados sobre el peronismo y el desarrollo de la situación política nacional (Staltari, 2014). Esos cambios se consolidaron en el XI Congreso realizado en agosto de 1946, en el que se aprobó la línea partidaria que guió las prácticas políticas de los años siguientes<sup>6</sup>. Como el principal objetivo del partido era mantenerse próximo a las masas, en dicho Congreso se estableció que la tarea fundamental era impulsar la conformación de un “frente de liberación nacional y social”. En consonancia con estos replanteos, en la V Asamblea Nacional, realizada a fines de 1946, se estableció que la táctica de los comunistas con respecto al peronismo no se basaría en una “oposición sistemática” sino en el apoyo y denuncia o crítica a las medidas sociales, políticas y económicas del gobierno, según estas beneficiaran los intereses de la clase obrera (Staltari, 2014).

Los reajustes políticos provocados por el triunfo de Perón, dieron lugar a una serie de discusiones en el ámbito de la cultura, en las que –como se verá a continuación– también influyeron las transformaciones vinculadas al nuevo escenario internacional de la

Guerra Fría. Dichos debates expresaron opiniones divergentes al interior del partido acerca de la tradicional forma en que el comunismo concebía lo cultural, que propiciaron la posibilidad de acercamientos con la intelectualidad peronista (Prado Acosta, 2013). En muchos casos, el conflicto se resolvió mediante la expulsión de aquellos intelectuales y dirigentes que no se alinearon a la línea oficial del partido, tal el caso de los mencionados Rodolfo Puiggrós y Eduardo Astesano, quienes fueron expulsados tras el XI congreso, y Juan José Real, en 1952.

Paralelamente, Leonardo Paso—quien había publicado numerosos artículos históricos en la prensa partidaria—ocupó la posición vacante hasta convertirse en la figura central del espacio historiográfico comunista<sup>7</sup>. Una vez afianzado en su función, procuró estabilizar la política del partido hacia los intelectuales, siguiendo los dictados del “zhdanovismo”. Esta fue la denominación que recibió la política cultural soviética a partir de la posguerra, tomada del informe presentado por Andrei Zhdánov en la conferencia inaugural de la Kominform (Oficina de Información de los Partidos Comunistas y Obreros) celebrada en 1947 en la Unión Soviética. El documento ponía especial atención a la confrontación ideológica librada en un marco internacional caracterizado por la Guerra Fría, mostrando especial preocupación por la “penetración ideológica” y las “desviaciones” intelectuales ocurridas en el bloque hegemonizado por la Unión Soviética. Para el caso de las secciones occidentales, esta política buscaba “profesionalizar” las formas de organización de sus sectores intelectuales con el fin de fortalecer su disciplina ideológica. En consecuencia, el PCA se encaminó a encuadrar el trabajo y la participación de sus intelectuales dentro de organismos especializados, con el fin de subordinar su actividad al movimiento de masas, tal como la estrategia de frentes promovía (Petra, 2013). Al respecto, Paso señalaba algunos problemas en el trabajo con los intelectuales:

El desarrollo de una línea unitaria en el campo de la cultura no puede eludir la incidencia del proceso político argentino... es aquí que se corre el riesgo de perder las perspectivas... al no vincular adecuadamente los problemas de los intelectuales o injertar los mismos en los intereses de las masas populares y de la clase obrera en primer lugar, o al no apreciar a esta última en el papel histórico que le corresponde. Otras veces la expresión de estos males... resultan reflejo del individualismo propio en que se desarrolla la labor creadora y que se traslada como tendencia al campo de la política y de la organización (Paso, 1965: 9-10).



En sintonía con sus esfuerzos por ordenar el trabajo intelectual, Paso consolidó la actividad historiográfica partidaria. Desde entonces, se alcanzó una mayor densidad de publicaciones y actividades a partir del dictado de cursos y la realización de investigaciones bajo su dirección. El resultado fue una fecunda y regular actividad historiografía durante las décadas del sesenta y setenta, pero que no alcanzó gran difusión, pues estuvo dirigida más bien al consumo interno y a la divulgación entre la militancia y los simpatizantes.

Asimismo, a partir de su ascenso se estabilizaron las principales características que comúnmente se asocian a la historiografía comunista: la pretensión de ser una historia científica por su apego a las leyes del materialismo histórico y la adscripción a una matriz economicista que entiende la cultura como mero epifenómeno de las estructuras económicas. Respecto a la científicidad del marxismo, Paso afirmaba: “las ideas comunistas aseguran la más profunda y la más objetiva, la más desapasionada y completa comprensión de la realidad y de las leyes de la vida social” (1963a: 9). No obstante, su concepción de la historia distaba de guiarse según los criterios de objetividad: “Para el historiador marxista leninista, dado que la exigencia de [las leyes objetivas que gobiernan la historia] coincide con los intereses del proletariado, la objetividad del investigador... coincide con el partidismo” (Paso, 1974: 86).

Por otra parte, su trayectoria permite captar ciertas lógicas que operaban en el campo cultural comunista. Este puede pensarse como espacio de luchas en las que se encontraban comprometidos intelectuales que ocupaban posiciones consagradas –en tanto detentaban el monopolio de la legitimidad científica, el prestigio y la autoridad–, y “recién llegados”, quienes, por su “debilidad” interna en el campo, necesitaban contar con un “padrinazgo” externo por parte de los dirigentes del campo político (Kohan, 2000). En este sentido, la decisión de Victorio Codovilla incidió en el inicio de la carrera de Paso como historiador “oficial”. En efecto, el histórico dirigente le encomendó a Paso la elaboración de una respuesta crítica a la imagen positiva que Rodolfo Puiggrós presentaba sobre los caudillos en su obra *Los caudillos y la Revolución de Mayo* (Acha, 2009).

Ahora bien, la “debilidad” de Paso residía en el escaso capital cultural del que disponía. En este punto, coincidimos con Acha (2009) y Devoto y Pagano (2009) cuando afirman que sus producciones se caracterizaron por el rudimentario sustento teórico y el exiguo apego a las

reglas de la actividad historiográfica profesional. Dicha particularidad podría explicarse, en parte, teniendo en cuenta que la odontología era su profesión original. A pesar de ello, la dirigencia comunista premió su apego a las posturas soviéticas y a los dictados del partido, con “una amplia gama de gratificaciones y oportunidades culturales” (Petra, 2013: 19). Las cuales respondían a la estrategia del partido de mantener su posición dentro del arco de las izquierdas en el nuevo contexto nacional e internacional que emergía a fines de la década del cincuenta.

En ese marco surgió en Córdoba *Pasado y Presente*, proyecto editorial que se definió en confrontación a las estrategias de acción del PCA<sup>8</sup>. Ciertamente, entre sus objetivos primaba el debate sobre el carácter que debía asumir la revolución en la Argentina y las formas de organización y lucha en tal sentido<sup>9</sup>. Las razones de esta ruptura deben analizarse en términos de un conflicto entre las nuevas generaciones que comenzaban a alcanzar posiciones hegemónicas en la esfera académica —en tanto representantes del marxismo remozado— y las elites políticas e intelectuales que hasta ese momento detentaban el monopolio del saber marxista (Kohan, 2000; Petra, 2013). En el conflicto, cada grupo asumió diversas actitudes. Podría decirse que *Pasado y Presente* se inclinó hacia “estrategias de subversión o herejía”, en tanto rechazó formar parte de la transmisión reglada de la autoridad y el reconocimiento detentados por los intelectuales ya consagrados. Ciertamente, el grupo se presentaba como parte de una generación emergente que “ingresa[ba] en la escena cultural afirmando la “conciencia” generacional como marca de distinción, inconformismo y heterodoxia” (Altamirano, 2013: 70). Así, por ejemplo, en el editorial del primer número de la revista, firmado por José Aricó, se identificaban como:

Una generación que no reconoce maestros no por impulsos de simplista negatividad, sino por el hecho real de que en nuestro país las clases dominantes han perdido desde hace tiempo la capacidad de atraer culturalmente a sus jóvenes... Se trata sí de comprender que... la maduración de una generación nueva que se caracteriza por su inconformismo y espíritu renovador es otro indicio, y muy importante, del lento y contradictorio proceso de conquista de una conciencia histórica (Aricó, 1963a: 2).

Asimismo, la muerte de Stalin en 1953 y las críticas formuladas a su régimen en el XX

Congreso del PCUS de 1956, iniciaron un profundo proceso de “desestalinización” que ahondó las disidencias ya presentes en la militancia local. Con un título sugestivo (“Examen de Conciencia”) Aricó reflexionaba sobre las consecuencias de estos procesos al interior del PCA:

La repugnancia a toda discusión teórica... la permanente tendencia a resolver en forma administrativa o autoritaria toda discusión ideológica, se nos aparecía como la clara demostración de la existencia de una acabada estructura stalinista en nuestra organización... Si para ellos [los dirigentes del PCA] el XX y el XXII Congreso significaron la caída de un mundo de valores y de mitos que santificaba su acción, para nosotros significaba nada menos que la posibilidad de recuperar el mundo real. El marxismo se nos mostraba... como una posibilidad de conocimiento. Dejaba de ser ese aburrido cuerpo de doctrina donde todo ya estaba dicho y lo único que se requería de nosotros era memorizarla (Aricó, 1964: 242).

Plantear los límites y contradicciones del marxismo en su versión “soviética”, expresaba la apuesta del grupo por lograr el monopolio de la competencia científica, entendida en este caso, como la capacidad de hablar y de actuar con autoridad en materia de teoría marxista. El siguiente comentario de Aricó es revelador al respecto: “La crisis actual del sistema, de las concepciones, del estilo de acción política caracterizada como “stalinista” y el proclamado “retorno a Lenin”, significa sencillamente el retorno al marxismo, a ese marxismo que nunca requirió aditamentos” (Aricó, 1963b: 197). La caracterización de la vertiente estalinista como tendencia que desvirtuaba los fundamentos del marxismo, formaba parte de la estrategia de subversión herética de estos jóvenes intelectuales, en tanto se proclamaba como “un retorno a los orígenes, al espíritu, a la verdad del juego, en contra de la banalización y degradación de que ha sido objeto” (Bourdieu, 1990: 137-138). Así, el “retorno al marxismo” propuesto por *Pasado y Presente* suponía el abandono de aquella concepción que lo entendía como una verdad total, abstracta y fuera de la historia.

Las críticas lanzadas por este proyecto cultural no tardaron en provocar una fuerte resistencia en el partido: al poco tiempo de publicado el segundo número, el grupo fue expulsado por su “actividad antimarxista y antipartidaria” y por “las características idealistas y subjetivistas de sus posiciones, alejadas de la realidad y la masa trabajadora” (*Nuestra Palabra*, 1963:

4). El cuestionamiento principal provino de Rodolfo Ghioldi, quien activó el discurso defensivo de la ortodoxia frente a los sectores disidentes:

Una revista cordobesa “de ideología y cultura”, en la que figuran publicitariamente conocidos renegados, aspira en nombre de la “intelectualidad” a la eliminación del leninismo, al que ni siquiera se nombra ni una vez a lo largo de sus muchas páginas de metafisiqueo, y ello claro está so capa de “marxismo crítico” (*Nueva Era*, 1963: 21).

Lo que se denunciaba como “posiciones idealistas, subjetivistas” y “metafisiqueo”, expresaba, en realidad, el rescate de los hombres como agentes de la historia, antes que sujetos pasivos frente a la presión de las estructuras económicas. A partir de la relectura de la obra de Antonio Gramsci, los jóvenes intelectuales entendían que la “pretensión (presentada como postulado esencial del materialismo histórico) de presentar cada fluctuación de la política y de la ideología como expresión inmediata de la estructura, deb[ía] ser combatida teóricamente como un infantilismo primitivo” (Gramsci, 1971: 104).

Por su parte, y en sintonía con la dirección nacional, algunos intelectuales comunistas “consagrados”, publicaron en *Cuadernos de Cultura* –principal publicación del “frente cultural” del partido–, un número completo polemizando con la interpretación marxista propuesta desde *Pasado y Presente*<sup>10</sup>. Bajo una elocuente consigna (“Afirmación militante del marxismo-leninismo”), Héctor Agosti se ocupó de responder a la cuestión planteada por la revista cordobesa:

Despojado de todo sentido militante, reducido a pura filosofía universitaria, si además se tiene el cuidado de amputarle el leninismo y de decorarlo con una prudente dosis de anticomunismo, ese marxismo viste bien y proporciona una apariencia de izquierda sin los riesgos de una militancia en la izquierda real (1964: 2).

El análisis de las tensiones originadas en torno al grupo editorial debe atender al surgimiento de un nuevo tipo de intelectual, fenómeno que, por aquellos años, se vinculó a la consolidación institucional de las ciencias sociales y la renovación de ciertas disciplinas como la historia y la literatura. Esta nueva generación, en tanto poseedora de “saberes expertos” de

los que carecían tanto los dirigentes como los intelectuales partidarios “consagrados”, cuestionó la falta de rigor científico y análisis crítico que caracterizaba a ciertas producciones comunistas. Dichos cuestionamientos podrían pensarse como parte de:

La lucha [por] imponer la delimitación del campo de los problemas, de los métodos y de las teorías que pueden ser consideradas como científicas... para permitirle ocupar con total legitimidad la posición dominante, asegurando la posición más alta, en la jerarquía de los valores científicos, a las capacidades científicas de las cuales [eran poseedores] (Bourdieu, 1999: 81-82).

Dentro del nuevo perfil intelectual, destacó la figura de Carlos Sempat Assadourian. Sus primeras investigaciones, basadas en un trabajo de archivo continuo y sistemático, se plasmaron en su trabajo final de Licenciatura en Historia sobre el tráfico de esclavos en Córdoba<sup>11</sup>. Su investigación estuvo influida por la renovación y actualización historiográfica que tuvo lugar en dicha ciudad durante la década del sesenta, en la que el profesor Ceferino Garzón Maceda jugó un rol decisivo (García, 2010). Assadourian, en tanto miembro de *Pasado y Presente*, se encargó de realizar una aguda crítica al libro de Leonardo Paso titulado *De la Colonia a la Independencia nacional*<sup>12</sup>. En él advertía gruesos errores teóricos y metodológicos que, según el historiador cordobés, lo ubicaban en el terreno de un ensayo que poco tenía que ver con la investigación basada en fuentes históricas. Al respecto, señalaba que el libro estaba plagado de “afirmaciones incoherentes, pródigas en citas sin ninguna seriedad y a veces sin relación con el contexto en el que se las presenta, generosas en juicios terminantes, “definitivos” sobre diversos aspectos” (Assadourian, 1964: 333). En consecuencia, representaba una “clase de producción historiográfica, en la que faltan todos los requisitos y rigores que hacen a la obra histórica” (op. cit.). Ciertamente, antes de sustentarse en fuentes documentales, los escritos de Paso solían fundamentarse en el uso literal de los argumentos esgrimidos por Rodolfo Ghioldi en sus ensayos<sup>13</sup>. De este modo, se tornaba evidente que sus producciones seguían la posición teórico-política permitida y detentada por la dirigencia del partido. Como ya se mencionó, Ghioldi era considerado por la intelectualidad comunista un dirigente político actualizado e informado, lo cual legitimaba sus intervenciones historiográficas, a pesar de su desconocimiento de las reglas de la producción académica.

La intención de reseñar ese libro pretendía poner en evidencia el dogmático esquema teórico que promovía la dirigencia partidaria a través de su activa intervención en el quehacer historiográfico. Ciertamente, sus imágenes sobre el pasado estaban profundamente impregnadas del evolucionismo estalinista, según el cual la historia y el progreso se definían en torno a etapas consecutivas y no alterables, propias del desarrollo europeo. A contracorriente de dicha interpretación, Assadourian alertaba sobre el carácter eurocéntrico del esquema estalinista de los modos de producción y la imposibilidad de extrapolarlo linealmente. Su precaución ante el uso indistinto de la teoría en diferentes procesos históricos expresaba el rechazo, común a todo el grupo, a concebir al marxismo como un universo conceptual clausurado. Sus críticas deben ser inscritas en la controversia internacional —abierta tras la experiencia revolucionaria cubana—, sobre la caracterización de las sociedades latinoamericanas, conocida como el debate sobre los modos de producción en América Latina<sup>14</sup>. Estas discusiones teóricas tenían también una dimensión política, ya que repercutían sobre el tipo de acción revolucionaria pertinente para el continente y el rol que le correspondía asumir a la intelectualidad de izquierda (Cattaruzza, 2015). De este modo, para aquellas interpretaciones que, como las del PCA, entendían que el país mantenía residuos de un pasado feudal, la tarea política fundamental era profundizar la revolución democrático-burguesa. Al mismo tiempo, implicaba el rechazo de la opción por la lucha armada difundida en amplios sectores, en tanto significaba un “voluntarismo revolucionario” prescindente de las masas. En esa tónica Rodolfo Ghioldi advertía:

comprendan que la historia de un país “no puede saltar ni suprimir por decreto etapas naturales del desarrollo; que solo se puede acortar y mitigar los dolores de parto”, como decía Marx; y que por consiguiente todo subjetivismo y voluntarismo es ajeno a nuestra doctrina (Ghioldi, 1963: 701).

En cambio, para los nuevos intelectuales de izquierda la estructura socioeconómica del país era capitalista y dependiente, lo que constataba la “necesidad histórica” de una ruptura revolucionaria que fundara un orden socialista. En consecuencia, el “etapismo revolucionario” se les presentaba como una posición reformista, alejada de los principios revolucionarios del marxismo. En ese sentido, Aricó denunciaba a la dirección comunista:

Si lo que está en juego es la revolución, mostrar nuestras diferencias y discrepancias, exponer nuestras concepciones, defender nuestro derecho como marxistas y revolucionarios a polemizar y criticar todo aquellos que nos parece criticable dentro de la izquierda, es también realizar una acción revolucionaria... El torpe y malévolo señuelo de silenciar al adversario mediante su calificación de “anticomunista” o de cobarde... no puede inhibirnos. No nos interesa... destruir la imagen de perfección y honestidad partidaria que nos pretenden servir quienes olvidaron su responsabilidad de intelectuales y por tanto, su juicio crítico (Aricó, 1964: 244).

## **Algunas consideraciones finales**

En este trabajo nos propusimos explorar las principales características de la producción historiográfica del comunismo local, como así también las relaciones con otras corrientes y los vínculos que algunos de sus intelectuales mantuvieron con la estructura político-partidaria. En virtud de lo cual, se realizó un recorrido por los principales momentos que atravesó dicha producción para indagar la compleja relación entre la “línea oficial” promovida por la dirección y la posibilidad de ejercer una actividad autónoma y crítica por parte de aquellos intelectuales afiliados al partido. A modo de conjetura, consideramos que las interpretaciones del pasado elaboradas por los historiadores comunistas –como así también sus diversos usos– deben ser comprendidas y analizadas en el marco de las discusiones políticas y de las reconfiguraciones que estas sugirieron a las estrategias del partido a lo largo del período aquí abordado. Ciertamente, esas instancias de producción y circulación cultural estuvieron condicionadas por cristalizados criterios de “ortodoxia” y rígidas normas. No obstante, se señaló que los desplazamientos en las lecturas que el partido ofrecía del pasado no estaban subordinados completamente a las diferentes vicisitudes por las que atravesó la línea política del comunismo, pues estas reconfiguraciones también mantuvieron un ritmo propio, marcado por tensiones, ya sean internas como con otras corrientes político-ideológicas con las cuales disputó la hegemonía del campo de las izquierdas.

En ese sentido, se analizó la reseña bibliográfica que Carlos Sempat Assadourian realizó al libro de Leonardo Paso –voz oficial del comunismo en el quehacer historiográfico– con la finalidad de abordar los particulares usos del pasado y las características que adquirió la práctica

historiográfica en un nuevo contexto sociohistórico. Ciertamente, desde entonces se produjo una ruptura entre las posiciones mantenidas por la conducción del partido y nuevos grupos intelectuales, fuertemente influidos por el avance del discurso revolucionario. En ese marco, el debate sobre la caracterización de las sociedades latinoamericanas también actualizaba la discusión sobre el lugar que les correspondía a los intelectuales en los procesos de transformación social. En el caso de los jóvenes nucleados en el proyecto *Pasado y Presente*, la certeza de la revolución que se visibilizaba en el horizonte de las posibilidades de futuro revelaba la necesidad impostergable de asumirse en la historia y comprometerse con el mundo en el que vivían. En cambio el comunismo se manifestó refractario al ambiente revolucionario posterior a la Revolución Cubana y a las innovaciones teóricas provenientes de las ciencias sociales, en tanto advertía una amenaza al monopolio que hasta entonces ejercía sobre el marxismo.

## Notas

<sup>1</sup> Para un panorama general del campo de producción de la historia de los intelectuales y la historia intelectual europea ver: Dosse, François (2007). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: Universitat de València. En lo que respecta al ámbito latinoamericano se pueden mencionar las obras de Aguirre, Carlos (Ed.) (2013). *Militantes, intelectuales y revolucionarios. Ensayos sobre marxismo e izquierda en América Latina*. Raleigh, North Carolina: Editorial A contraCorriente, como así también los dos tomos dirigidos por Altamirano, Carlos, *Historia de los intelectuales de América Latina*. Buenos Aires: Katz Editores, 2008 y 2010 respectivamente. Específicamente al espacio nacional se destacan diversos trabajos, tales como Terán, Oscar (1991). *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*, Buenos Aires: Puntosur Editores; *Historia de las ideas en la Argentina: diez lecciones iniciales, 1810-1980* (2008). Buenos Aires: Siglo XXI. Altamirano (2013); Altamirano y Sarlo (2001); Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

<sup>2</sup> Rodolfo Ghioldi fue maestro, periodista, y cursó los primeros años del profesorado en Historia en la Universidad Nacional de Buenos Aires durante los años veinte. Además de ocupar cargos de dirección en el PCA, su labor se caracterizó por organizar aparatos culturales y dirigir sus órganos de prensa, como por ejemplo el periódico partidario *Nuestra Palabra* desde 1953 hasta 1973, y desde ese año la dirección del Centro de Estudios Marxistas Leninistas del Comité Central (Tarcus, 2007).

<sup>3</sup> Sobre la trayectoria intelectual de Héctor P. Agosti y su relación con el PCA ver: Masholder, Alexia (2014). *El*



*Partido Comunista y sus intelectuales: pensamiento y acción de Héctor P. Agosti*. Buenos Aires: Luxemburg; y Prado Acosta (2015).

<sup>4</sup> Estos escritores publicaron diversas obras, destacándose de Puiggrós, Rodolfo (1940). *De la colonia a la revolución*. Buenos Aires: ALAPE; *La herencia que Rosas dejó al país* (1940). Buenos Aires: Editorial Problemas; *Los caudillos de la revolución de mayo* (1942). Buenos Aires: Editorial Problemas, entre otros. Real, Juan José (1947). *La tradición democrática de Mayo*. Buenos Aires: Editorial Anteo; *Manual de Historia Argentina* (1951). Buenos Aires: Fundamentos, entre otros. Astesano, Eduardo (1941). *Contenido social de la revolución de mayo*. Buenos Aires: Editorial Problemas; *Historia de la independencia económica* (1949). Buenos Aires: Editorial Ateneo.

<sup>5</sup> Respecto a los vínculos entre la clase obrera, el sindicalismo y la izquierda en la Argentina entre el último tercio del siglo XIX y la aparición del peronismo, ver el excelente estado de la cuestión realizado por Camarero, Hernán (2013). “Antiguas controversias, nuevos enfoques: clase obrera, sindicalismo y comunismo en la Argentina durante la primera mitad del siglo XX. Un estado de la cuestión”, *PolHis*, Año 6, N° 11: 129-146. Primer Semestre. Buenos Aires.

<sup>6</sup> También en el XI Congreso Nacional, la Comisión del Comité Central resolvió la redacción del *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina* (1947), con motivo del cumplimiento del trigésimo aniversario de la fundación del Partido. En sus primeras páginas se aclara que la finalidad del libro era enseñar “... a comprender mejor el papel que nuestro Partido jugó en sus 30 años de existencia, como heredero y continuador de las mejores tradiciones democráticas y progresistas de la historia nacional” (1947: 6). No obstante, sus análisis manifiestan un claro acomodamiento de hechos históricos e interpretaciones a la visión que la dirección quería instalar acerca del partido.

<sup>7</sup> Leonardo Voronovitsky nació en Buenos Aires en 1910 y adoptó el seudónimo “Leonardo Paso” en la escuela secundaria, cuando un profesor bautizó la línea de pupitres en la que se sentaba con el nombre de Juan José Paso, revolucionario de la gesta de Mayo de 1810 (Gilbert, 2007). Fue director del Ateneo de Estudios Históricos Manuel Belgrano fundado en 1970 como así también de la revista *Cuadernos de Historia*, publicación de dicho instituto. También fue secretario del Centro de Estudios Marxistas-Leninistas dependiente del Comité Central, cuyo director era Rodolfo Ghioldi. Publicó más de 25 obras, entre las que podemos mencionar: *La lucha de clases y el clero católico* (1957). Buenos Aires: Anteo; *Estructura y gobierno de la universidad* (1958). Buenos Aires: Anteo; *Rivadavia y la línea de Mayo* (1960). Buenos Aires: Fundamento; *Qué fue la Revolución de Mayo y quiénes son sus herederos* (1960). Colección Problemas Políticos-Sociales-Culturales, N° 14. Buenos Aires: Anteo; *Mayo: Ejército y política* (1961). Buenos Aires: Anteo; *De la Colonia a la independencia nacional* (1963). Buenos Aires: Futuro; *Los caudillos y la organización nacional* (1965). Buenos Aires: Futuro; *Historia de la diplomacia de Mayo* (1969). Buenos Aires: Sílab; *Los caudillos: historia o folklore* (1969). Buenos Aires: Sílab; *Historia del origen de los partidos políticos en la Argentina (1810-1918)* (1972). Buenos Aires: Estudios; *Corrientes historiográficas* (1974). Buenos Aires: Centro de Estudios; *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina* (1974). Buenos Aires: Testimonios; *Rosas: realidad y mito* (1970). Buenos Aires: Fundamentos; *Raíces históricas de la dependencia argentina* (1975). Buenos Aires: Cartago; *Los últimos 55 años y el poder de la oligarquía* (1986). Buenos Aires: Futuro; *Elementos de evolución histórica argentina. De la colonia al golpe de Estado de 1943* (1988). Buenos Aires: Asociación Amigos de la Historia.

<sup>8</sup> La revista *Pasado y Presente* publicó su primer número en abril de 1963 en la ciudad de Córdoba con el apoyo del partido que financió los dos primeros números. Luego de su aparición, el partido expulsó a algunos de sus miembros bajo sospechas fraccionalistas. Se publicaron un total de 9 números hasta el cierre de su primera etapa en 1965 y 2 más en 1973. Estuvieron en su Consejo de Redacción, alternativamente: Oscar del Barco, José M. Aricó, Samuel Kieczkovsky, Juan Carlos Torre, Héctor N. Schmucler, Aníbal Arcondo, César U. Guiñazú, Carlos Assadourian, Francisco Delich, Luis J. Prieto y Carlos R. Giordano (Petra, 2010). A pesar de que varios de sus miembros militaban en la Federación Juvenil Comunista, tal el caso de José María Aricó, secretario general de la Regional Córdoba de dicho organismo, cabe advertir que no todos sus integrantes estaban afiliados al partido.

<sup>9</sup> Resulta interesante destacar que la cuestión de la lucha armada como táctica aplicable a América Latina influyó en algunos miembros de *Pasado y Presente*. Burgos (2004) lo describe como la “etapa guerrillera” del grupo, en tanto algunos de sus miembros brindaron apoyo logístico al *Ejército Guerrillero del Pueblo*, experiencia que por aquellos años fue llevada a cabo en la provincia de Salta y comandada por el periodista Jorge Masetti.

<sup>10</sup> No es nuestro interés realizar aquí el análisis profundo y sistemático de la publicación partidaria *Cuadernos de Cultura*, sino más bien seleccionar aquellos números más significativos de dicha revista en orden a las preguntas que se buscan responder. Para un estudio pormenorizado al respecto, ver: Cernadas, Jorge (2005). “La “vieja izquierda” en la encrucijada: Cuadernos de Cultura y la política cultural del Partido Comunista argentino (1955-1963)”, *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

<sup>11</sup> Carlos Sempat Assadourian nació en 1937 en la ciudad de Córdoba en el seno de una familia comunista y cursó sus estudios universitarios en la Universidad Nacional de Córdoba. Desde 1961 fue auxiliar de investigación en el Instituto de Estudios Americanistas (IEA) de la Facultad de Filosofía y Humanidades cuyo director en ese entonces era Ceferino Garzón Maceda. Desde la dirección del Instituto, Garzón Maceda encaró su propuesta de renovación historiográfica y formó a jóvenes investigadores.

<sup>12</sup> Hacemos referencia a Sempat Assadourian, Carlos (1964). “Una agresión a la historia en nombre del marxismo”, *Pasado y Presente*, Primera Época, N° 4, enero-marzo: 333-337. Córdoba.

<sup>13</sup> Así, por ejemplo, Paso aplicaba la hipótesis feudal para analizar la economía agrícola en el virreinato del Río de la Plata: “en el territorio rioplatense... la tierra... no se la explotó en forma capitalista... como muy bien lo aclara Rodolfo Ghioldi: “En los regímenes precapitalistas, el campesino entrega al terrateniente todo el sobretrabajo... El terrateniente puede apropiarse de la totalidad del sobreproducto no por ser capitalista, que no lo es, sino por ser terrateniente”... Por todo ello, inscribir al latifundismo ganadero y comerciante como clase burguesa lisa y llana sería cometer un error, pues... estuvo dominada en su conjunto por los signos de una feudalidad...” (Paso, 1963: 126-177-216-217). El fragmento que cita Paso pertenece al libro de Ghioldi, Rodolfo (1952). *Acerca de la cuestión agraria*. Buenos Aires: Editorial Fundamentos.

<sup>14</sup> La discusión sobre el carácter feudal o capitalista de América Latina adquirió relevancia a mediados de la década del sesenta a partir de ciertos textos del economista André Gunder Frank (sobre todo *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (1970). Buenos Aires: Editorial Signos). En el campo de la historiografía marxista el debate fue central, expresándose en diversas obras, entre ellas, se puede mencionar la publicación conjunta de Assadourian, C.; Laclau, E.; Cardoso, C. y Cifardini, H. (1973). *Modos de producción en América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente, N° 40. Córdoba.

## Fuentes escritas

Agosti, Héctor, P. (1964). “En defensa del marxismo-leninismo”. *Cuadernos de Cultura*, Año XV, N° 66: 1-10. Buenos Aires.

Aricó, José (1963a). “Pasado y Presente”. *Pasado y Presente*, N° 1, abril-junio: 1-17. Córdoba.

Aricó, José (1963b). “El stalinismo y la responsabilidad de la izquierda”. *Pasado y Presente*, N° 2-3, julio-diciembre: 195-204. Córdoba.

Aricó, José (1964). “Examen de conciencia”. *Pasado y Presente*, N° 4, enero-marzo: 241-265. Córdoba.

Assadourian, Carlos Sempat (1964). “Un ataque a la historia en nombre del marxismo”. *Pasado y Presente*, N° 4, enero-marzo: 333-337. Córdoba.

Comité Central del Partido Comunista (1947). *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Anteo.

Ghioldi, Rodolfo (1963). “La importancia de la Educación Marxista-Leninista para el Partido y para las masas trabajadoras en general”. En *XII Congreso del Partido Comunista de la Argentina. Informes e Intervenciones*: 688-711. Buenos Aires.

Gramsci, Antonio (1971). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Nueva visión.

*Nueva Era*, agosto, N° 6, Año XV, Buenos Aires, 1963.

*Nuestra Palabra*, 22 de octubre, N° 695, Buenos Aires, 1963.

*Nuestra Palabra*, 9 de marzo, N° 819, Buenos Aires, 1966.

- Paso, Leonardo (1963). *De la Colonia a la independencia nacional*. Buenos Aires: Futuro.
- Paso, Leonardo (1965). “Algunos problemas en el trabajo con los intelectuales en la Capital Federal”. Comisión de Propaganda del Partido Comunista del Comité de la Capital Federal.
- Paso, Leonardo (1974). *Corrientes Historiográficas*. Buenos Aires: Ediciones Centro de Estudios.

## Bibliografía

- Acha, Omar (2009). *Historia crítica de la historiografía argentina, vol. 1: Las izquierdas en el siglo XX*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Altamirano, Carlos (2013). *Intelectuales: Notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Altamirano, Carlos y Sarlo Beatriz (2001). *Literatura/Sociedad*. Buenos Aires: Edicial.
- Bourdieu, Pierre (1990). “Algunas propiedades de los campos”. En *Sociología y cultura*. México: Editorial Grijalbo.
- Bourdieu, Pierre (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Editorial Eudeba.
- Bulacio, Julio (2006). “Intelectuales, prácticas culturales e intervención política: la experiencia gramsciana en el Partido Comunista Argentino”. En H. Biagini y A. A. Roig (Dir.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)* (pp. 51-76). Buenos Aires: Biblos.
- Burgos, Raúl (2004). *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- Camarero, Hernán (2011). “El tercer período de la Comintern en versión criolla. Avatares de una orientación combativa y sectaria del Partido Comunista hacia el movimiento obrero argentino”. *A contracorriente, una revista de historia social y literatura de América Latina*, Vol. VIII, N° 3, Spring, pp. 203-232.

- Cattaruzza, Alejandro (2007). “Historias rojas: los intelectuales comunistas y el pasado nacional en los años 1930s”. *Prohistoria*, Año XI, Número 11: 169-189. Rosario.
- Cattaruzza, Alejandro (2008). “Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (ca. 1925-1950)”. *Acontracorriente*, Vol. 5, N° 2: 169-195. Buenos Aires.
- Cattaruzza, Alejandro (2015). “Las lecturas comunistas del pasado nacional en una coyuntura incierta (1955 -1966). Herencias, ajustes y novedades”. *Badebec*, Vol. 5, N° 9, marzo: 285-314. Buenos Aires.
- Devoto, Fernando y Pagano, Nora (2009). *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- García, Diego (2010). “La renovación historiográfica en Córdoba. Un recorrido”. En A.C. Agüero y D. García (Comps.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura* (pp. 165- 184). La Plata: Ediciones Al Margen.
- Gilbert, Isidoro (2009). *La Fede. Alistándose para la revolución*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Gutiérrez, Alicia (1999). “La tarea y el compromiso del investigador social. Notas sobre Pierre Bourdieu”. En P. Bourdieu, *Intelectuales, política y poder* (pp. 7-19). Buenos Aires: Editorial Eudeba.
- Kohan, Néstor (2000). *De Ingenieros al Che. Ensayo sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Myers, Jorge (2002). “Rodolfo Puiggrós, historiador marxista-leninista: el momento de *Argumentos*”. *Prismas*, N° 6: 217-230. Buenos Aires.
- Pasolini, Ricardo (2006). *La utopía de Prometeo*. Buenos Aires: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Petra, Adriana (2010). “En la zona de contacto: Pasado y Presente y la formación de un grupo cultural”. En A.C. Agüero y D. García (Comps.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura* (pp. 213-238). La Plata: Ediciones Al Margen.

- Petra, Adriana (2013). *Intelectuales comunistas en la Argentina (1945-1963)*. Tesis de posgrado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. En Memoria Académica. [En línea]  
<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.896/te.896.pdf> [Consulta: 30 de julio de 2016]
- Prado Acosta, Laura (2013). “Concepciones culturales en pugna. Repercusiones del inicio de la Guerra Fría, el zhdhanovismo y el peronismo en el Partido Comunista Argentino”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. [En línea]  
<http://nuevomundo.revues.org/64825> [Consulta: 15 de julio de 2016]
- Prado Acosta, Laura (2015). *Los intelectuales del Partido Comunista. Itinerario de Héctor Agosti (1930-1963)*. NC State University: A Contracorriente.
- Sigal, Silvia (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur Editores.
- Staltari, Silvana (2014). “El Partido Comunista frente al peronismo: estrategia y tácticas políticas, 1945-1955”. *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, Año III, Nº 5: 11-30. Buenos Aires.
- Tarcus, Horacio (2007). *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*. Buenos Aires: Emecé Editores.